

LA PECERA Y EL AGUA CRISTALINA: EL MEDIO EN QUE HABITAMOS

Por Rodrigo Sandoval
Profesional CJFD

La Universidad es una pecera muy especial, tal vez única, forjada a lo largo del tiempo incólume que la ha visto crecer, derrumbarse y reconstruirse ante los embates de las adversidades, un espacio maravilloso a los ojos de sus moradores que observan su magnificencia plagada de formas y matices. En su interior, edificios icónicos de todas las edades, de colores finamente mezclados con flora y fauna diversa, un ecosistema que depende del agua pura que lo alimenta, el agua del medio, del sentido medio que le da valor a su estructura y que permea todo cuanto toca.

Sus privilegiados habitantes hablan con voces profundas que trascienden las palabras simples, demostrando sentimientos y emociones que la pecera y, su dulce agua, les producen. Destacan lugares icónicos como el jardín de Arquitectura, sus flores, sus formas, sus tintes, un lugar para maravillarse de la naturaleza, al igual que el sendero de luna nueva, al lado de la corriente de agua, donde las aves, los árboles y la vista, se destacan. Allí es fácil conectar plenamente con la naturaleza, en contraste con la urbe que se vislumbra lejana en estos lares.

Está también Filosofía, un edificio hermoso por lo que ha sido y lo que representa, tiene recuerdos especiales, tiene contradicciones entre el frío y la belleza, entre el lugar de trabajo y el lugar donde se pasa la vida en armonía. Tiene una salita pequeña a la que han bautizado como el olimpo, donde el sol entra al atardecer a adornarlo todo. Es el mismo sol que tiene un efecto inspirador en la terraza del edificio de Ingeniería, cuando al finalizar el día, adorna con rayos tenues sus rincones. Por último, está la cafetería central, un lugar que genera alegría por la diversidad de quienes la transitan y utilizan, pero lúgubre y vacío sin ellas.

Los lugares también evocan, traen a la memoria los columpios atrás de Arquitectura, en los cuales los momentos en familia no se olvidan, producen emociones, lágrimas que se funden con el agua de nuestro medio, de nuestros corazones, lágrimas de júbilo, lágrimas de felicidad, de la esperanza de un nuevo encuentro con el ser querido.

Transcendiendo los lugares, llegan ahora a la memoria los personajes, las experiencias, los momentos determinantes grabados como recuerdos indelebles.

Aparece la historia de una joven de otra región que llega a la Universidad, acompañada de sueños, pero también de temores, de barreras infranqueables a sus ojos, pero encuentra el agua tranquila en su tutor que la invita a “cambiar esos estados de ignorancia, porque eso no la va a ayudar a aprender”, entendiéndolo entonces que debería ser ese el camino a seguir y, aquí está, sigue transitando su camino.

Ahora, quien gestiona en una Facultad, reflexiona acerca de lo que el agua representaba para ella, el querido medio al que invocaba solo cuando necesitaba recursos materiales, recortar para otros fines y, en algún momento, cuando su hija ya hacía parte de este ecosistema como estudiante, entendió que había estado inmersa en este medio desconocido para ella, sin saberlo y comenzó a vivirlo.

Luego, viene la estudiante, evocando varios episodios que le responden la pregunta ¿qué es el medio para mí? Está la muerte de Calidoso que causó tristeza profunda en tantos corazones, devastados por la tragedia, pero alentados por el sentimiento de conmemoración del icónico personaje. También recuerda las marchas sociales, en las cuales los habitantes de la Universidad, abrieron sus puertas para proteger a otros, otros diversos, otros que protestaban, pero los cuidamos, entramos en su defensa, demostrando el talante del agua pura que destila nuestro medio y, por último, la casita de los gatos, cuidados con esmero, así como cuidamos de nosotros.

Aparecen voces de euforia que reafirman el cuidado de todo y de todos que procura la Universidad, la pecera y el agua que la llena, pensando siempre en la persona y viendo a todos como iguales en el amor fraterno y en la genuina preocupación por los demás.

Afloran sentimientos profundos al recordar Cardoner como el espacio del encuentro, del momento en el que la existencia se parte en dos, el antes, cuando se iba solo pasando la vida y el después, cuando se conoció el todo de la Universidad, pero, especialmente, a las ahora tres mejores amigas. Nuevamente lagrimas afloran, se deslizan en el agua que las recicla para mejorarse, para purificarse con tales emociones. Además, sin ser deportista, pudo encontrar que su rol de acompañante, era importante para brindar apoyo a los suyos. Otra experiencia memorable que recuerda con alegría.

Y finalmente, el testimonio vívido del impacto del lugar especial que transforma la existencia... “Llegar a la Universidad y al medio, me cambió la vida, no sé qué hubiese sido de mí si no estuviera aquí”, más lágrimas y emociones, referidas al agua que nos toca. Está por supuesto, la persona agradecida. Reconoce que haber participado de diversas oportunidades del medio, le ha cambiado la vida, las ha disfrutado todas en casi todos los Centros y por tanto, expresa no solo gratitud, manifiesta el aporte a la persona que se ha ido construyendo en estas aguas, lentamente a lo largo de los años.

Los recuerdos llaman a pensar en desafíos, aquellos que el agua debe asumir estoicamente, para mejorarse, para enaltecer a la pecera y servir mejor a sus propósitos y a los demás. Es el medio querido que se anhela.

Un primer desafío se identifica con el cuidado del otro, para seguir construyendo un medio diverso. Pero tal diversidad llama a entender al que pide ayuda, a la persona y sus necesidades. Es este el valor agregado que nos hace únicos en medio de tantos falsos remedos, es el valor real de nuestra Universidad.

Otro desafío importante se relaciona con la promoción. Llegar a toda la comunidad, especialmente a quienes no viven en ella, para quienes la pecera es desconocida y más aún, el agua que la recorre, personas que solo vienen a la universidad al aula o al trabajo y se van, sin disfrutar de ella. El medio es desconocido para muchos.

Se identifica desafiante, la necesidad de hacer evidente el aporte del medio a la construcción de una vida plena, de valorar la oferta que lleva el agua que fluye, buscando cada rincón y cada persona.

Y, más allá, la pecera no permanece indiferente a lo que la rodea, se agita, y por supuesto, el agua debe moverse a su ritmo, cualquiera que sea. El medio debe ajustarse a nuevas necesidades y expectativas, debe ser un medio distinto, ágil y adaptativo que no pierda su esencia misional. Hay un antes del que se ha aprendido y un ahora que nos reta, para responder a personas distintas, desiguales.

Además, se debe buscar un medio que sea tan diverso como homogéneo, un medio que, como el agua, todo lo invada, todo lo permee, sin restricciones de recursos, de lugares, de táctos, de creencias, pero especialmente, de habitantes de esta comunidad, fervorosos creyentes de que el medio es responsabilidad de una instancia, sin querer salir de su

burbuja, sin querer mojarse, sin asumir su rol formativo en su íntegra dimensión. La formación integral no es exclusiva de algo o alguien, es de todo y es responsabilidad de todos.

Otra propuesta destacada, es buscar que el medio llegue a todas partes y a todas las personas, evitando esa visión insular que algunas tienen, propiciada por no comunicarse con la estrategia adecuada. Lo ganado no se debería dar por hecho, debe ser una oportunidad para proyectarse hacía el futuro incierto y mejorarlo.

Finalmente, el medio y toda el agua que emana de su fuente inagotable, debe procurar recuperar a la persona, reivindicar la humanidad como otro de sus sellos distintivos, en clave de la diversidad y del encuentro. No es posible que las nuevas realidades modifiquen el modo de proceder de quienes habitamos esta hermosa pecera y bebemos de su agua. El medio puede ser aquel cupido que con su flecha certera, enamora nuevamente a las personas de su lugar en la Universidad.

El encuentro no solo evoca, también invita a reflexiones, a mociones para alcanzar el medio querido, para decantar nuestras aguas y fortalecer el espíritu que lo determina y acompaña.

Invita a generar comunidad fortalecida, a pensar en el impacto que genera coexistir dentro del agua, beber de ella, disfrutar del medio, a darse la oportunidad de vivirlo, de vivir la Universidad más allá del aula y del trabajo.

Propone además fortalecer el empeño, por que el medio no se vuelva otro de esos paisajes inexpugnables, a repotenciarlo en su misma esencia y sentido, pero además, a promocionarlo, a que no sea tampoco un misterio desconocido. Se extraña lo que no se tiene, pero no se le da valor a lo que se tiene.

Invita a hacer la pausa respectiva, para no dejarse llevar por vértigo de la vida, ni de los bruscos movimientos de la pecera que agitan el agua por momentos, a ser agentes multiplicadores del encuentro reflexivo con el otro, con el desconocido.

La Universidad es la pecera, el medio es el agua, vivimos en ella y, aunque no nos damos cuenta, disfrutamos la calidad de esa agua, nos nutrimos de ella, es agua que cuida de lo que somos, de lo que queremos y podemos ser, es agua pura invisible a algunos ojos, colmada de oportunidades y de amor en movimiento, es agua que enciende fuegos.